



DANIEL MEUROIS

EL EVANGELIO DE MARÍA MAGDALENA

LA VERDADERA PALABRA SEGÚN
EL LIBRO DEL TIEMPO



Isthar  Luna-Sol

Daniel Meurois

EL EVANGELIO DE MARÍAMAGDALENA

LA VERDADERA PALABRA SEGÚN
EL LIBRO DEL TIEMPO

EDICIONES

Isthar



Luna-Sol

«Libros, cursos y eventos con Estrella»

Ediciones Isthara Luna-Sol

www.istharlunasol.com

info@istharlunasol.com

Título original: L'évangile de Marie-Madeleine

© **Autor:** Daniel Meurois

© **Traducción:** Teresa Sanz

Corrección: Sara Amez Mateo

Diseño cubierta: Vidhara

Maquetación: Antonio García Tomé

Primera edición: abril 2021

© **Ediciones Le Passe-Monde**

© **Ediciones Isthara Luna-Sol**

Calle Arganda, 29

28005 - Madrid (España)

ISBN: 978-84-122920-5-3

Depósito legal: M-6576-2021

Impreso en Cofas (España)

Reservados todos los derechos. Este libro no puede ser reproducido, íntegra o parcialmente, por cualquier medio mecánico, electrónico o químico ya existente o de futura introducción, incluidas fotocopias, adaptaciones para radio, televisión, internet o webTV, sin la autorización escrita del editor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Estas páginas están
especialmente dedicadas
a Martine y Charlotte

Nota editorial

¿Qué podemos decir sobre este libro?

El misterio y la fuerza del personaje que fue María Magdalena, son llamados a desvelarse en estos tiempos.

Este libro tiene un aspecto *tan profundo*, que solo podemos invitaros a su experimentación. La comprensión transformadora llegará de forma completamente personal e individual a cada persona como parte de su experiencia vital.

El propio Daniel Meurois, invita a cada persona a leerlo y grabarse para después escucharlo nuevamente. Es un libro que llega mejor a través de la palabra.

Una obra misteriosa y profunda que dejará una hermosa huella luminosa en cada uno de nosotros.

Índice

Antes de abrir el pasado.....	11
En el transcurso del tiempo...Primera escala	21
El Evangelio de María Magdalena restituido según el Libro del Tiempo	39
Invitación	65
Movimiento I. El descendimiento.....	69
En el transcurso del tiempo...Segunda escala	89
Movimiento II. El estancamiento	99
En el transcurso del tiempo...Tercera escala.....	117
Movimiento III. La ascensión	127
En el transcurso del tiempo...Cuarta escala.....	181
Visiones de la <i>Bienamada</i> . Jesús y María Magdalena...¿una pareja solar?	189
La insumisa.....	191

Antes de abrir el pasado...

Todo empezó el día en que una amiga me enseñó un libro.

—¿Lo conoces?—me preguntó.

No, no lo había leído. Apenas había oído hablar de él. Era la traducción de un texto escrito que databa del año 150 de nuestra era aproximadamente, redactado en lengua copta, titulado El Evangelio según María.

Tenía una vaga noción de que en algún lugar existían unas páginas asociadas a Miriam de Magdala, es decir, María Magdalena, pero nada más. Nunca se me había presentado la oportunidad de descubrirlas. Como tantos otros, tiempo atrás había leído algunos Evangelios apócrifos, como los atribuidos a Tomás o a Felipe, pero eso era todo, y su lectura no me había conmocionado. Solo me había sentido cautivado, por espacio de unas horas, por una lectura nada canónica, a veces herética y hasta subversiva.

—¿Querías echarle un vistazo?—prosiguió mi amiga, tendiéndome el libro.

Me llevé el texto y me sumergí en él con cierta fascinación. También con una pizca de decepción, porque al Evangelio en cuestión le habían amputado una buena parte de sus páginas. Habían dejado de existir, sin duda cortadas o desperdigadas con el paso del tiempo. En cuanto al comentario que lo acompañaba, resultaba muy erudito y, por consiguiente, de acceso nada fácil, al menos para la mayoría de nosotros. Lo respeté tal como era, consciente de todo el trabajo que representaba, y luego lo dejé.

Aquí fue donde intervino nuevamente la persona que acababa de prestármelo.

—Sí, ya sé, faltan páginas del manuscrito original. ¿Serías capaz de... reconstruirlo? ¿Serías capaz también de darnos tu propia comprensión?

Confieso que al principio pensé que se trataba de una broma, o de un pequeño y divertido desafío sin mayores consecuencias. Pero, extrañamente, pronto empezó a despuntar una idea. Sí... ¿Y si me estuviesen tendiendo una mano, y si la vida me estuviera haciendo discretamente una especie de señal? Al fin y al cabo, investigar de nuevo el pasado, y de manera distinta esta vez, sería una hermosa aventura.

—¿Por qué no? —le respondí—. Nunca he afrontado un ejercicio parecido, pero si tiene que ser...

Y con estas palabras, ignorando aún si era locura o sabiduría, soberbia o inconsciencia, me di cuenta de que ya estaba proyectando una parte de mi alma a ese pasado de todos nosotros.

Ha transcurrido más de un año desde aquel instante, y el sueño se ha hecho realidad. Las dieciocho páginas del texto de un Evangelio se han materializado bajo mi pluma, al cabo de unas cuantas horas de redacción y casi sin tachaduras.

Ahora bien, naturalmente, no se hizo sin más. Antes tuve que trabajar con el método que he descrito muchas veces¹. Proyecté mi conciencia fuera del cuerpo y se la entregué a la Memoria del Tiempo, a lo que tradicionalmente se llama los Anales Akásicos.

En esa forma de proceder, evidentemente nada es controlable. Mi camino —¿es necesario aclararlo?— es, por tanto, decididamente el de un místico. No soy un erudito. No he estudiado el griego clásico, y aún menos el copto. En realidad, no tengo nada de exégeta sino, por el contrario, procedo como un aventurero del espíritu o, si se prefiere, un explorador de lo momentáneamente intangible.

Con esa sensibilidad y las herramientas de trabajo interiores que presupone, me puse en marcha para intentar restituir aquel fascinante y enigmático «Evangelio según María Magdalena».

Con ayuda del método que sigo desde hace ya más de veinticinco años, también me he propuesto ilustrar el texto básico reconstituido de este modo. He querido resituarlo en su época con la ayuda de imágenes e

.....
1 Véase *Visiones esenias*, del mismo autor, Ediciones Isthara Luna-Sol.

instantes vividos en los que he tenido la dicha de poder penetrar. Al mismo tiempo, me he esforzado por facilitar una comprensión, o incluso una aproximación, fácil y directamente útil para nuestra época. Porque mi problema era este: ¿de qué sirve resucitar un antiguo texto de hace casi dos mil años, si no nos afecta de manera concreta y nos ayuda a cambiar, a mejorar en este momento crítico de nuestra evolución?

Por supuesto, habría podido limitarme a restituir el texto íntegro original. Eso ya era todo un reto en sí. Sin embargo, me pareció importante darle nueva vida acompañándolo de una serie de reflexiones que pudieran ayudar a que su lectura resulte menos abstracta.

Por lo tanto, lo que encontraréis en estas páginas no es un comentario de texto en sentido estricto, pues no he dudado en ampliar mi campo de observación cuando me ha parecido conveniente hacerlo. Se trata más bien de una especie de paseo entre los temas abordados, que invita de ese modo a una forma de meditación.

De todos modos quiero señalar que las cuestiones en las que me he detenido constituyen puntos importantes de la enseñanza que Cristo impartió a sus discípulos más allegados². Lo que me lleva a afirmarlo son mis numerosas y largas inmersiones en los Anales del Tiempo, aun cuando, en ocasiones, su contenido pueda

.....

2 Por «allegados» entiendo, en este caso, no solo los doce discípulos oficiales sino el «círculo de los ciento ocho». (Véase *El otro rostro de Jesús. Según recuerda un esenio*, de A. y D. Meurois-Givaudan).

dar la impresión de ser muy moderno, y no se encuentre ninguna referencia al mismo en los textos que han llegado hasta nosotros.

Que yo sepa, solo existen dos o tres traducciones del «Evangelio de María» al francés. Por lo que parece, todas ellas parten del manuscrito copto conservado desde 1896 en el Departamento de Egiptología de los Museos Nacionales de Berlín.

Mi trabajo difiere radicalmente de dichas traducciones, no solo porque ofrece una restitución del texto íntegro, sino también porque se ha llevado a cabo a partir de la visión de un manuscrito de partida redactado en griego clásico. Ignoro totalmente si aquella primerísima versión sigue durmiendo en algún lugar secreto de nuestra Tierra, pero lo que me parece indudable es que los pliegos coptos de los que hoy tenemos conocimiento son una transcripción más tardía y adaptada. Al menos eso es lo que me han indicado mis diversas lecturas de los Anales Akásicos.

A través de mis percepciones extracorpóreas, los pliegos se me han presentado escritos sobre pergamino en tinta negra y en caracteres griegos.

Como las inmersiones en el Libro del Tiempo siempre se producen en un estado de conciencia expandida, me ha sido fácil resolver el problema de la traducción en sí. No hace falta decir que la versión del Evangelio que he reproducido aquí utiliza el vocabulario del que dispongo hoy día. Toda comprensión espontánea de un mensaje,

ya sea escrito o en forma telepática, pasa necesariamente por un sistema de decodificación sutil que es resultado del grado de afinación de quien lo recibe. Hay que ser consciente de ello. Ahora bien, lo que podría parecer subjetivo a la luz de esta observación, lo es igualmente en el caso de cualquier traducción clásica. Un traductor transcribe siempre con su propio vocabulario, su comprensión del momento, su cultura y hasta es posible que su sujeción a una opción político-religiosa.

Quiero subrayar muy especialmente que la versión del «Evangelio de María Magdalena» que ofrezco aquí no pretende oponerse a las que ya han sido establecidas. Además, y para salir al paso de cualquier polémica, no se trata verdaderamente del mismo texto, aunque la mayoría de las páginas sean muy parecidas.

Igual que la inmensa mayoría de los textos fundacionales del cristianismo primitivo, está claro que este Evangelio fue modificado varias veces y probablemente por responsables religiosos de distintas tendencias. ¿Por qué? ¿Pues porque la necesidad de asentar poderes temporales en función de ciertas sensibilidades casi siempre ha prevalecido sobre la integridad y la búsqueda de la verdad!

Tras la hermosa experiencia interior que me ha sido dada al vivir a través de este trabajo, las cosas me resultan aún más claras y evidentes que antes. Uno de los grandes peligros que nos acechan constantemente es el de dejar suplantarse el espíritu por la literalidad.

Sé que esto podría parecer una obviedad; sin embargo, hay quienes, en el contexto de su oposición a ciertas tesis innovadoras, siempre declaran: «Esa palabra no es bíblica». Pero ¿qué es «bíblico»? ¿Qué es «evangélico» y qué significa eso exactamente? Cabe preguntárselo.

El verdadero problema reside, a mi entender, en la intensidad de nuestra exigencia de «auténtica verdad». Sin duda, también en la naturaleza y profundidad de nuestro condicionamiento religioso o espiritual. Esa es la dirección que hay que tomar ahora si se quiere avanzar. La consecuencia de petrificar la letra es la de hacernos olvidar que cada cual debe seguir su propio camino.

La aceptación de la versión del «Evangelio de María Magdalena» que os propongo aquí presupone por tanto una gran libertad interior. El texto en sí, como las demás traducciones que se han hecho del mismo, sigue siendo —a priori— bastante esotérico. Aunque es posible que, por ese motivo, deba ser leído y releído con atención, diré no obstante que no apela verdaderamente al intelecto. No se dirige a nuestra personalidad cerebral, sino a nuestra capacidad de intuición. Ahí es donde opera lo esencial de su obra. Más allá de la inteligencia superficial de las palabras, el texto requiere de quienes se dejen penetrar por él, una verdadera escucha desde el corazón.

Por supuesto, me repetirán a pesar de todo que mi forma de proceder no tiene nada de científica, y que por ello no es creíble. Efectivamente, no es científica. Al menos no en el sentido actual del término. Y me precio

de ello con cierto descaro, porque es obvio que, en nuestra época, el saber científico ejerce su poder de forma tan totalitaria como lo hiciera en otro tiempo el dogma religioso. Por mucho que nos defendamos de él, ese saber está casi divinizado en el inconsciente colectivo, ya sea este ateo o no. Es fácil darse cuenta de ello.

El acceso a un Conocimiento directo, que es la herramienta básica que caracteriza mi trabajo, desde luego no se debe concebir como un regreso a la irracionalidad. Por el contrario, en esa posibilidad de un Conocimiento espontáneo veo el anuncio de una nueva racionalidad. Una racionalidad que otorga el derecho de existencia a una visión distinta y más expandida de la conciencia humana. Todas las vías tienen su riqueza y, por ende, su utilidad. Poco a poco deberá imponerse que la comprensión sin límites de esta realidad de hecho pertenece al orden de la razón. Nuestra supervivencia depende de ello.

Por consiguiente, tomad este Evangelio tal como es, recibidlo con el corazón, puesto que su misión es hablar a ese nivel del ser. Al transcribirlo aquí, al acompañarlo con imágenes y algunos comentarios, mi único afán ha sido, una vez más, el de brindar una posibilidad de reflexión a partir de un testimonio. Un testimonio vivo y alimentado por el amor.



Daniel Meurois

i

πεχε πετροс μαριζαμ χε τσω
 νε τ̄νσοο̄ν χε νερεпсωρ ουαψε
 ηζογο παρα πεκεεεπε η̄ς̄ζ̄ιμε
 χω ηαν η̄ψαχε η̄псωρ εττειρε
 5 ηπευμεεγε ηᾱι ετεσοο̄ν η̄μο
 ου η̄ηηαηοη ηη ουδε η̄η̄σοηη'ο'υ
 ασουψ̄β η̄βι μαριζαμ πεχας
 χε πεθηη ερωτη̄ η̄ηαταμα τηγ
 τη̄ ηροϙ αυω αсарχει η̄χω ηαγ
 10 η̄ηειψαχε χε ᾱηηοκ πεχας ᾱι
 ηαγ επ̄χс ηη ουζορομα αυω δει
 χοοс ηαϙ χε η̄χс ᾱηηαγ εροκ η̄
 ποου ηη ουζορομα αϙουψ̄β πε
 χαϙ ηᾱι χε ηᾱτατε χε η̄ηεκηη ηη
 15 ερεηαγ εροει ηηα γαρ ετερεηηουс
 η̄ηηαγ εϙηηαγ η̄βι πεζο πεχᾱι
 ηαϙ χε η̄χс η̄εηοу πεηηαγ εφο
 ρομα εϙηαγ εροϙ(η̄)ηεψυχη (η)
 πεηηᾱ αϙουψ̄β η̄βι η̄сωρ πε
 20 χαϙ χε εϙηαγ ηη η̄η ηεψυχη ου
 δε ηη πεηηᾱ αλλα η̄ηοус εηψ[οη]
 ηη ηευηηηε η̄ηεϙηαγ η̄η̄ο[ϙ πεη]
 ηαγ εφορομα αυ[ω] η̄η̄οϙ η̄[εη...]



En el transcurso del tiempo...

Primera escala

— **M**adre de todos nosotros, ¿puedo preguntarte una vez más qué es lo que Él te confió y qué recuerdos guardas de Él? Mis compañeros y yo no podemos concebir que el tiempo borre todo aquello.

La mujer a quien iban dirigidas estas palabras estaba sentada sobre una cerca de piedra. Con un dedo de la mano derecha rascaba maquinalmente una de las imperfecciones del tosco tejido de su amplio vestido pardo. Detuvo la mirada en el largo velo descolorido por el tiempo que le cubría cabeza y hombros. Debí ser azul, azul como el cielo que asomaba entre el follaje.

—Hermana Miriam —continuó la voz—, no me digas que hemos hecho todo este viaje en vano... ¿Era Su voluntad que no permaneciera ninguna de Sus palabras? ¿Nada concreto? En aquel tiempo te vi a menudo con Él, a Su lado. Por entonces yo solo era un niño, en la ciudad de Cesárea. Sin embargo, nunca podré olvidar cómo Se expresaba ante todos. Ahora que Se ha retirado de entre nosotros y que Lo echamos de menos, allí todos dicen que tú Lo conociste bien y que es de tu boca de donde hay que recoger Sus enseñanzas.

El hombre que pronunciaba estas palabras con voz febril no era el único en haber hecho el viaje del que hablaba. Otros tres compañeros estaban sentados en el suelo a su alrededor. El grupo que formaban parecía joven aún. Ninguno de sus miembros debía tener más de treinta años. La imagen que ofrecían contrastaba con la sencillez de la actitud de la mujer a quien se dirigían. Todos ellos vestían una túnica corta y gruesas sandalias con tiras que les llegaban más arriba del tobillo. Sin duda alguna procedían de familias acomodadas de Palestina.

Aquella a la que acababan de llamar Miriam accedió al fin a levantar la vista del tejido rugoso de su vestido.

—¿Es que no hay nadie más que yo para contaros? —preguntó con voz dulce y algo ronca.

—¡Sí, muchos más! Pero, precisamente, cuentan y no enseñan, y sus voces, con frecuencia, son tan discordantes... No comprendemos. ¿Tú sabes por qué

no quiso dictar nada Él mismo? Ni siquiera allí saben ya muy bien qué es lo que dijo. Por eso hemos decidido dejar de escuchar el chapoteo del arroyo y remontar directamente hasta la fuente.

—La fuente...

Miriam esbozó una sonrisa nostálgica al repetir esta palabra.

—¿Sabéis lo que ocurre con todo lo escrito? —prosiguió—. Pues que pronto empieza a parecerse a cuatro paredes con techo y luego, sin que nadie se dé cuenta, se convierte en una cárcel. Esta es una de las cosas que Él nos enseñó y por eso no dictó nada.

—Pero nosotros hemos visto que a veces algunos escribían, no lejos de Él, en el puerto, en Cesárea o en Cafarnaúm. Él no se lo impidió...

—Él nunca quiso poner impedimentos a nada. A Su modo de ver, bastaba con prohibir para hacer brotar la idea de la transgresión. Sabía que nadie puede impedir al viento que sople. Si en algún momento parece amainar, es para retomar su impulso cuando se le antoja, pues es como el movimiento de la vida, que se cuele por todas partes, para enseñar.

—Entonces, te lo suplicamos, tú que eres ahora nuestra madre, puesto que Lo llevas en ti, sé para nosotros el viento favorable; queremos ser hijos Suyos.

Al tiempo que se quitaba el velo de la cabeza, Miriam se levantó y se apartó unos pasos de la hormaza.

Vi entonces que los años habían dejado verdadera huella en su rostro; sus mejillas se habían hundido e incontables arrugas surcaban su rostro. Aun así, seguía conservando su belleza. Solo que esta se había refugiado y concentrado en sus ojos. Porque su mirada no había envejecido. Tal vez al contrario, pues resultaba elocuente a su manera. ¡Probablemente mucho más locuaz y tierna de lo que la propia Miriam imaginaba!

Al mirarla caminar vi, no lejos de allí, un grupo formado por cuatro o cinco mujeres y un anciano. Estaban todos sentados, con la espalda apoyada en los árboles y parecían seleccionar granos de un canasto que iban echando sobre un gran cuadrado de tela. Miriam se acuclilló un instante junto a ellos. Les dijo unas palabras en voz baja y luego se dirigió a una roca que rodeó tocándola con la mano. Finalmente, volvió a sentarse en la cerca.

—Os enseñaré —dijo entonces a los viajeros en tono decidido pero apacible—. Pero sabed que, aunque os enseñaré con una memoria débil, debéis ser conscientes de una cosa: lo que yo debía saber ha pasado a mi cuerpo y es mi cuerpo el que lo ha conservado. Es mi cuerpo, toda mi carne lo que ha aprendido a volverse de otra manera y, sobre todo, mis ojos... y mi corazón. Yo... ignoro qué podrán hacer con ello las palabras.

Amaneció un nuevo día sobre las cumbres áridas. Era una mañana de frío, a juzgar por los hilos de humo blanco que ascendían desde el valle, rectos como flechas apuntando al cielo, tan azul como la víspera.

Miriam se encontraba en la ladera de la montaña, en un lugar donde alguien había encendido una hoguera, a la entrada de una cavidad en la roca, cerca de una cabaña de piedras secas y su cobertizo³. Más abajo, en el guijarral y entre la maleza, se adivinaban unas cuantas cabras.

El grupo de jóvenes de Cesárea ya estaba sentado sobre la paja del suelo, en un rincón próximo a la entrada de la cueva, cuando Miriam vino a unirse a ellos. Noté que reinaba un ambiente febril y de recogimiento a la vez. Sentía que, para algunos, era como si fuese a hablar el propio Maestro, y que, pasara lo que pasara, ya solo importaba ese instante cargado de magia.

Cuando Miriam se hubo instalado y arropado con un manto de lana cruda echado sobre los hombros se produjo un silencio bastante prolongado. Fue entonces cuando uno de aquellos hombres sufrió un largo acceso de tos, y los demás lo miraron con una mezcla de terrible incomodidad y de reproche. Por eso también, Miriam se echó a reír.

—Aquí es donde empieza la enseñanza —declaró. Ellos no entendían—. Sí, con una carcajada, pues el universo fue creado con la risa. Eso es lo que vosotros no sabéis y lo que yo también ignoraba hasta que Él me lo reveló.

.....
3 Este emplazamiento es, a todas luces, el de la cueva de «La Sainte Baume» («El Santo Bálsamo») cerca de Marsella.

—¿Una carcajada? ¿Puedes explicárnoslo?

El que había hecho la pregunta con expresión desconcertada sostenía una pequeña escribanía en equilibrio sobre las rodillas y apoyaba como podía sobre ella una hoja de pergamino virgen, al tiempo que, con la otra mano, removía una materia semilíquida y negruzca con un estilete flexible en un cuenco de barro.

—Claro que sí... ¿Acaso no es todo cuestión de juego y de alegría? —prosiguió Miriam—. Si habéis hecho todo este camino será porque hay una llama en vosotros, ¿verdad?

»¿Qué es lo que os ha traído aquí si no es un poderoso impulso de alegría interior? Seguro que no lo habíais pensado. Siempre nos decimos que queremos saber, comprender, conocer y que así nos convertiremos en un hombre o una mujer capaz de manifestar la paz, ¡pero no nos planteamos la verdadera pregunta! No indagamos en nosotros mismos, no buscamos qué es lo que nos empuja a buscar.

»Ahora bien, os lo digo según las palabras de Aquel que me enseñó: lo que nos hace ser peregrinos y buscadores de la paz es el recuerdo de la Alegría. ¡Y ese recuerdo lo tenemos todos, muchas veces sin sospecharlo, aun en el abismo de nuestras más profundas tristezas! Lo tenemos en nosotros porque es el Aliento de la Vida, la marca indeleble de nuestro espíritu. Sin él, no somos.

»Así, se me dijo que la Alegría es el elemento primordial que expresa al Padre, y por el cual nació la Llama en el Universo, y después en nuestra esencia. ¡Y en verdad, amigos, somos los frutos del Juego que se confunde con esa Alegría! ¿Lo recordaréis?

»Sí, pensad qué extrañas son las cosas... Habéis atravesado el mar, habéis buscado en las montañas y, ahora que os presentáis ante mí con semblante austero y mirada seria, yo me pongo a hablaros de juego y vuestra rigidez me divierte.

Entonces el que sostenía la escribanía esbozó una sonrisa incómoda y posó el estilete. Finalmente, los demás lo imitaron uno tras otro, como si se les hubiera dado permiso para hacerlo.

—Madre de todos nosotros —dijo el hombre del estilete, cambiando de postura sobre la paja—, ya empiezas a asombrarnos. He dedicado muchos años de mi juventud al estudio, pero no tengo recuerdo de ningún Escrito antiguo que hable así de la Alegría. Solo se habla de veneración y de inclinar cabezas. Nos han enseñado ante todo a temer al Eterno y a aquellos a quienes Él ha encomendado la tarea de guiarnos con Sus leyes. ¿Puedes decirnos por qué?

—Porque los Escritos antiguos son precisamente eso, antiguos. Quien teme no se alegra de la Presencia de lo que dice venerar. No ama, sino que dobla el espinazo, se reseca y, finalmente, hace del olvido una ley. Me preguntas qué me confió el Maestro; pues

bien, te lo voy a decir. Me ha enseñado que a muchos hombres les gusta jugar a la petrificación del Tiempo en ellos. Eso enmascara sus miedos. No dejan que fluya como la vida. En cambio, el alma de quien se conforma con el fluir natural de los tiempos no envejece, sino que, por el contrario, empieza a rejuvenecer. Cuanto más avanza, más yergue la espalda y más se acerca al Juego, atravesando el sinfín de juegos de crispación. Y más recuerda la Alegría. Por eso mi risa habla de una juventud que mis arrugas disimulan. El Maestro me ha enseñado a divertirme, y os aseguro que en eso reside una de sus principales enseñanzas. La Alegría suelta los nudos. Debilita la rigidez de la letra y la devuelve al lugar que le corresponde, el de un velo transitorio.

—Pero *¿cuándo* se desgarrar ese velo? *¿Cómo* saber si no es sacrílego buscar otro camino detrás del que nos han transmitido los ancianos? *¿Acaso* el Eterno no lo ha dado todo ya?

Quien se había atrevido a hacer esas preguntas era un joven un tanto encogido y de tez muy tostada. Me di cuenta de que, mientras las formulaba, no muy convencido, no levantó la mirada hacia Miriam ni un solo instante.

Una vez más, ella dejó escapar una risa divertida y, en el mismo impulso, la vi posar en su interlocutor una mirada cargada de ternura.

—*¿Cómo* se rasga un velo? Pues... *¿cuando* tomamos conciencia de que se trata de un velo!

Entonces, empezamos por darnos cuenta de que tiene un agujero en el centro. Ese agujero lo han provocado nuestras preguntas, nuestras insatisfacciones, nuestra sed de rejuvenecer. ¿Qué vamos a hacer? ¿Vamos a agrandarlo con más preguntas, con una llamada inmóvil a la esperanza, o vamos a atravesarlo entero? Cuando os lancéis al vacío que dibuja, descubriréis el velo desde otra realidad y sabréis que habéis desgarrado una forma que no era vosotros, que ni siquiera era tampoco la sombra de Él, y que os empequeñecía.

»Si os digo esto, es porque lo he comprendido yo misma. Para rasgar un velo y lanzarse a lo que aparenta ser un vacío, hay que haber pasado por la experiencia del desequilibrio y viajado lo suficiente. Vosotros estáis en el desequilibrio que el Maestro ha suscitado en vosotros y por eso habéis venido a buscarme, esperando encontrar un nuevo puerto con un barco en condiciones de navegar.

»Pero no os equivoquéis, amigos, el equilibrio que os enseñaré a través de mi voz y del lenguaje de mi corazón será el de unas puertas abiertas a la visión de otro velo y luego de otro vértigo. Porque, escuchadme bien, yo ya estoy atravesando ese otro vértigo e, indefectiblemente, lo sembraré en lo que vosotros percibáis de mí. Bendecid todos los vértigos que os estremecen, porque el vacío que os hacen sentir bajo los pies no es nada en comparación con el espacio hacia el cual os atraen. No es un vacío, la nada, sino un vacío lleno hacia el Infinito.

El que hacía de escriba se aclaró la garganta y lanzó una pregunta a Miriam, esta vez con una hermosa sonrisa en el semblante.

—Creo que podemos empezar a entender todo esto. Por mi parte, puedo comprender que la Alegría es la fuerza que nos falta para ir más allá de las apariencias y salir al encuentro del Eterno más allá de todas las barreras que nos separan de Él. Pero ¿y el Amor? Todavía no nos has hablado de él. ¿No es el Amor lo que era al Comienzo? ¿No es, por él y hacia él a donde vamos en primer lugar?

—¿Cómo te llamas?

—Leví.

—Entonces, ahora dime, Leví, ¿qué es el Amor?

El joven enmudeció un instante, con una sonrisa helada en el rostro. Luego se pasó la mano por el cabello y aventuró unas tímidas palabras.

—El Amor, pues... Es lo que nos hace ser buenos, ser mejores... Tal vez sea lo que nos impulsa a estar alegres. Mira... también es lo que nos ha hecho venir aquí, junto a ti, para recoger algo de Sus verdaderas palabras y transmitir las.

—Sí —prosiguió Miriam—. Sí, es verdad... Pero todo esto sigue siendo humano. Quiero decir... humano del día a día. Traduce deseos humanos y no define nada, o casi nada. El Maestro quiere enseñarnos a ver más

allá. Quiere que sintamos precisamente aquello con lo que se construye el Amor, aquello con lo que actúa, pues es en su expresión donde muestra su verdadero rostro.

»Recordad esto, como yo lo he grabado en mí: el Amor no se construye en la debilidad sino, al contrario, en la fuerza de voluntad. Hay quienes, arrastrados por la marea de este mundo, lo ven como un signo de fragilidad. Para ellos el amor apenas tiene más valor que una palabra manipulable en función de las necesidades. En verdad, el Amor se construye con ladrillos de voluntad. Y en verdad es también discernimiento, pues el que se derrama sin cuidado no da, sino que ensucia lo mejor. El cuidado, la vigilancia hacen crecer tanto al que recibe como al que da, y a través de estos se revela por tanto lo sagrado que reside en el centro del dar.

»También se me enseñó que el Amor que supera los amores solo florece cuando no hay juicios, en la ecuanimidad. Por lo tanto, no se manifiesta a trocitos elegidos en función de cada necesidad, sino siempre por completo y a todos. Sin embargo, no todos lo reciben, porque saber recibir es una fuerza que se cultiva y que muy pocos poseen todavía. Por eso, aunque es cierto que el amor llama a todas las puertas, también lo es que nunca las derriba. Su poder reside en su paciencia.

»Amar es no retener nada... y al mismo retener aquello que puede cegar. Amar es aprender a convertirse en un ojo en la cumbre de una montaña y al mismo tiempo una mano en el fondo del valle. Es, finalmente,

la unión del puño que sabe levantarse y del corazón que solo expresa ternura.

Se produjo un larguísimo silencio. Me dio la impresión de que la boca de la cueva donde se encontraban se apartaba del transcurso del tiempo e incluso se sustraía de su paisaje de montaña. Miriam acabó por levantarse, como para dar un respiro al alma, y se acercó a acariciar a una cabra que vagaba por allí. Entonces uno de los jóvenes juntó valor para lanzarle esta reflexión:

—No quiero comentar lo que se medita; sin embargo, has usado una palabra que me intriga. ¿No has dicho: «El Maestro *quiere* enseñarnos...»? ¿Cómo debemos entender que hables en presente? ¿Acaso el Maestro sigue entre nosotros?

La silueta de Miriam, un tanto encorvada ya, envuelta en su manto se volvió de inmediato hacia el grupo.

—¡Pero si ese es el secreto que habéis venido a buscar! ¿No lo habéis comprendido? Si habéis cruzado el mar en una búsqueda nostálgica del pasado, si habéis venido a recibir las palabras de una Fuerza de antaño, entonces os equivocáis y ya os podéis ir volviendo a Cesárea. Aquel que me enseñaba sigue hablándome e instruyéndome. Esta es mi realidad, la realidad a la que me he unido, y la misma que esperáis vosotros sin haberla reconocido.

»¿Sabéis que, si hoy estoy aquí, hablándoos así, es porque Él está en mí?

—¿El Maestro?

—No. Su mirada... O, más bien Lo que lo habita. Es humano... pero humano en un sentido en que vosotros aún no lo podéis concebir. De esa humanidad total por la cual lo Divino cobra su sentido. ¿Entendéis? Para Él, solo el presente significa algo. Recordad eso... Solo apartando los pliegues del velo del Presente se encuentra el espacio interior que se ríe de las Edades y de sus torrentes de sufrimiento. Os lo aseguro, es en la esencia del Presente donde se encuentra la esencia del Maestro y el Principio de la vida sin fin. No podría decirlo más claramente. Aquel a quien hemos conocido es una máscara aceptada y es el camino cuya existencia nos revela Él, que nos enseña cómo encontrarnos a nosotros mismos tras los velos.

—¿Quieres decir que el secreto que te ha confiado es que hay algo de Él que sigue existiendo y que habita en ti?

—¡Es más que eso! Ese *algo* de Él es también algo de mí que yo no sospechaba... Y puedo afirmar que también es algo de ti, y de cada uno de vosotros. En verdad, es lo esencial de todos nosotros: se llama *Él en nosotros*.

—Pero ¿cómo transcribiré eso? —exclamó Leví—. Utilizas palabras que esconden ideas que aún no existen... ¡Nadie nos creerá! ¿De verdad es eso lo que te ha confiado?

—Eso es lo que Él me ha hecho sentir, experimentar y vivir. Y por eso las palabras que utilices solo serán perfumes para recordar. No sentarán ley, ni si quiera establecerán un código a seguir. Nos enseñarán a mirarnos a nosotros mismos, en nuestra sencillez primordial, en lo alto de la escala a través de la cual hemos atravesado las realidades.

Esta vez, Leví dejó la escribanía sobre la paja del suelo y, un tanto incómodo, miró largo rato a Miriam.

—No acabo de entenderlo... —dijo al fin.

—Es porque escuchas con tus dos oídos, Leví. Con dos oídos se escucha, pero no se oye.

»El Maestro ha hecho brotar en mí, y por lo tanto en todos vosotros, las semillas de otra comprensión del ser. Es una comprensión que abre el tercer oído, el del corazón. Y de este es de donde surge la percepción interior de Lo que es.

»Lo Real que se oculta tras las realidades nos dice entonces: «Existe una Luz en vosotros que *es* vosotros, ese vosotros inmutable y que nada puede mancillar, lo que os une al Padre».

—¿Y el Maestro, entonces?... ¿Quién es Él, si nos remite a nosotros?

—Él es el recordatorio de la visión interior, el signo de la fusión prometida a todos y cada uno. Él ya es tú, en Lo que te espera, Leví.

Los hombres del grupito se pusieron a hablar entre ellos. Miriam se acercó al fuego para avivarlo con unas ramitas, y vi que el sol hacía brillar el mar en algún punto del horizonte. En ese instante mi mirada se retiró y fue a refugiarse en los repliegues del tiempo para tomar una inspiración. Otra cosa la llamaba, otra página de la historia de todos nosotros. Pronto se expandió.

Había arena, una arena ondulante como olas en el viento, dorada y cálida. Luego, mi visión abarcó unas dunas que morían casi en el agua misma de un río muy azul, muy suave. Después se mezcló con dos o tres matas de papiro antes de volver lentamente a la arena, al ritmo del paso de un hombre. En un repliegue del terreno aparecieron unas palmeras datileras y, por fin, desde unas rocas perdidas entre las dunas, vi erguirse unos muros del color del sol y tan calientes como la arena.

El ojo de mi alma se acercó más. La edificación no era precisamente imponente. Se reducía a una pequeña muralla que se franqueaba por una puerta baja, dos especies de torres bastantes macizas y unos cobertizos de ladrillo que evocaban celdas. También había una higuera y una pareja de palomas zureando. El propio silencio hablaba de un monasterio⁴.

Las murallas albergaban varios patios. En uno de ellos capté la presencia de un hombre bajito, vestido de

.....

4 Podría tratarse de las primeras construcciones que se convertirían en el monasterio copto de San Simeón, a orillas del Nilo.

negro, de cejas muy pobladas y con aspecto de asceta. Inmediatamente mi conciencia fue como a situarse en él. Así fue como «me» acerqué al umbral de una sala rectangular medio soterrada, al pie de unos peldaños. Esta solo recibía un rayo de sol que entraba a través de una minúscula ventana curvada.

Allí, en la penumbra, se encontraba una decena de hombres, monjes también, sobre esteras mezcladas con el polvo de un precario enlosado. Uno de ellos, buscando el rayo de luz, tenía la vista clavada en un pergamino cuyo contenido iba murmurando a los demás. Fue entonces cuando mi entendimiento penetró su lengua.

—Os recuerdo que fue uno de nuestros Hermanos quien, de regreso de un viaje al Norte, a Samaria, creo, nos trajo estas hojas, hace varios años —dijo posando el texto en el suelo—. Al parecer, las recibió de un hombre cuyo padre había vivido en Cesárea y, según decía, había conocido al Maestro. Como sabéis, no son más que unas simples notas, pero me parecen demasiado valiosas para que dejemos que se pierdan así...

—Pero no es el propio Bienaventurado quien habla en ellas —intervino uno de los monjes que se encontraban en la penumbra—. Son preguntas hechas a la que se llamaba Miriam...

—... ¡Preguntas a las que este texto da respuestas! Todos nosotros sabemos (pues es lo que siempre han dicho todos) que esta mujer era Su discípula bienamada.

Ella Lo siguió a todas partes. ¿Por qué no íbamos a tener fe en sus palabras? ¿Acaso es necesario que os las lea de nuevo y que volvamos a debatirlas?

»Mirad estas páginas... La tinta es de mala calidad. En menos de dos generaciones resultarán ilegibles. Llevamos meses discutiendo este asunto... ¡Pronunciaos, pues! Que levanten la mano aquellos de nosotros que quieran no solo traducir los signos, sino ordenar su sentido. Os digo que lo que tenemos aquí debe ser recogido por los más doctos de entre nosotros pues, por mi parte, veo en ello Su huella y toda la pureza de nuestra fe.

La mayoría de las manos se alzaron en la penumbra. Creo que solo dos o tres permanecieron inmóviles, descansando sobre las rodillas o las esteras. Se escucharon comentarios por lo bajo y, finalmente, entre carraspeos, los monjes se pusieron a recitar algo que parecía una letanía entrecortada por breves secuencias cantadas.

Y una vez más, llegó el momento de que los ojos de mi alma acudieran a otro espacio... Varios espacios, en realidad, pues multitud de imágenes y escenas se precipitaron en mi interior. Las de una caravana de camellos que se estiraba por un desierto de piedra. Las de hombres, esta vez vestidos de blanco, que debatían acaloradamente, incluso airadamente, en torno a varios rollos dispuestos sobre una mesita de madera. Finalmente, las de una mano y un pincel corrigiendo un

pergamino y escribiendo unas líneas al dictado de una voz autoritaria. Vi miradas que discutían y labios que rezaban.

Y luego ya solo hubo arena, oscuridad, y más arena y nuevamente oscuridad. La de alguna caverna, alguna cueva o tal vez la del vientre de una vasija, no sé... Era, sobre todo, la oscuridad del silencio y del transcurrir del tiempo.



Myriam de Magdala (María Magdalena) es mucho más que un personaje bíblico lastrado por una dudosa reputación. Gracias a este libro, donde **Myriam narra su historia en primera persona**, podemos descubrirla revestida de su auténtico manto, el de una **fuerza envidiable, de una lucidez adelantada a su tiempo y de una entrega, amor y ternura que sobrepasan cualquier imaginación.**

Daniel Meurois resucita el **manuscrito apócrifo** (descubierto a finales del siglo XIX) inspirado por quién cada vez se manifiesta más como la **“amada discípula de Jesús”** y completa una parte importante de sus páginas amputadas. En estas páginas la figura de Myriam de Magdala adquiere un nuevo rostro, ofreciéndonos un **gigantesco testimonio de su desconcertante espiritualidad imbuida de una fe descomunal, de un amor desbordante y práctico.**

Una apóstol que salta al mundo autoempoderada de toda la fuerza y la compasión que le ha invitado a desplegar el Hijo de Dios en la Tierra. Una apóstol que nunca “evangelizó” a nadie, ya que la noción de Evangelio no existía aún. Se trataba únicamente de **evocar la existencia de Cristo, de dar testimonio y de reunir seres humanos alrededor del Principio que Él representaba**, respetando las creencias y costumbres locales. La personalidad de María Magdalena fascinaba y continúa a fascinar hoy en día porque encarna precisamente la enseñanza de Cristo. No habla de Él, sino que le hace revivir en cada uno de sus gestos, situándose siempre en el centro de sus desafíos personales... Su **sonrisa, su mirada compasiva, su simplicidad, su espontaneidad y sensualidad.** Y sobre todo su libertad, como un soplo de aire puro, como un perfume.

Una mujer que sigue audazmente su intuición...y nos invita a preguntarnos: ¿Y si el despertar de la conciencia en nuestros días pasara por una sensibilidad más femenina?

